

VALERA Y LA NOVELA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Las referencias críticas o las opiniones relativas a escritores coetáneos vertidas por el propio Valera en sus ensayos y en su copioso epistolario revelan uno de los aspectos más singulares de su quehacer literario. En las puntuales notas críticas dadas a la prensa el lector percibirá una sutil ironía que unida a su habitual diplomacia atenuará con creces el juicio severo. Bien por temor a herir la susceptibilidad del autor analizado o por no enfrentarse a sus fervientes admiradores, Valera adopta en sus juicios sobre los novelistas de la segunda mitad del siglo XIX un tono condescendiente que le distancia, por ejemplo, de la mordacidad de Clarín. Frente a este comportamiento, el lector percibirá, igualmente, una ausencia de opiniones o un silencio que será hartamente elocuente. Ante los insistentes juicios encomiásticos de don Marcelino Menéndez Pelayo referentes a Pereda, insertos en el corpus epistolar *Valera y Menéndez Pelayo*,¹ Valera ni corroborará ni desmentirá tales afirmaciones. Su

¹ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905) con una introducción de Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, Espasa Calpe, 1946. En carta fechada el 26 de junio de 1832, Menéndez Pelayo le escribe a Valera lo siguiente: «[...] Mi paisano Pereda acaba de publicar una novela montañesa, llena de color local y admirable en todo lo que es descripción de naturaleza y costumbres rústicas», *ibíd.*, p. 131. Valera en sus cartas nada dice, sólo silencio y un conciso mensaje: «recuerdos a Pereda».

A raíz de producirse una vacante en la Real Academia, Valera no se mostrará muy satisfecho por la elección de Pereda, aunque la causa se

silencio hablará por sí mismo. Bien es verdad que en su epistolario no encontramos opiniones mordaces e hijas de la irritación y del enfado —como sus juicios contra Campoamor—² sino más bien un tono ecléctico capaz de conciliar su peculiar visión de la literatura con la inteligencia o el buen hacer de sus compañeros de generación.

Es evidente que no todos los escritores adscritos al género novela son objeto de idénticos juicios. En unas ocasiones se muestra parco ante un determinado autor; en otras atraído por una única faceta del escritor, como en el caso de Clarín, pues sólo parece interesarle su labor crítica. En este orden de censuras y palabras encomiásticas aparecen sus juicios críticos sobre Fernán Caballero, autora que desde tiempo atrás representa el inicio de la llamada novela realista. Las coincidencias entre lo dado a la prensa y las cartas de Valera en referencia a Fernán Caballero son indicadoras del respeto profesado por el autor. No existe en este sentido un tono condescendiente en lo publicado ni animadversión en lo dicho en sus epístolas. Todo coincide, pues desaprueba las «novelas cortadas por largos sermones», tal como confiesa en sus cartas.³ Si esta afirmación está realizada el 8 de septiembre de 1879, con anterioridad, el 31 de julio de 1856, señalaba al respecto

deba a su nula presencia en Madrid. En carta fechada el 7 de septiembre de 1898 le comunica a don Marcelino lo siguiente: «Si en mi lista no figura Armando Palacio Valdés es porque creo que no debemos continuar dando el mal ejemplo de elegir a los que no viven en Madrid, como hicimos al elegir a Pereda», *ibíd.*, p. 544.

² En sus cartas le llamará bárbaro extravagante, necio, ignorante, autor de versos vulgares y pedestres, polaco y tunante... Sin embargo, en sus artículos dados a la prensa lo elogiará y será harto condescendiente, pues estarán en juego intereses personales. Ver *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 30 y Leonardo Romero, *Una anatomía electoral. Correspondencia familiar (1855-1864) de Juan Valera*, Barcelona, Sirmio, 1992. En dicho epistolario leemos lo siguiente: «De Campoamor, por lo que tiene de polaco y tunante, que para mí son palabras sinónimas, tampoco espero mucho; y si algo espero de él es por los servicios literarios que le he hecho, escribiendo en su periódico, y publicando en otro, tiempo ha, en un artículo elogiando sus versos mil veces más de lo que merecen», *ibíd.*, p. 54.

³ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 59.

«que es de lamentar que se desluzca a veces y que se malgaste en disertaciones políticas, religiosas y sociales, que a menudo fatigan al lector [...] sus novelas ganarían infinito, y hasta moralizarían y santificarían más a los lectores, si en ellas no se notase tanto el afán de moralizar y catequizar que tiene quien la escribe».⁴ No debemos olvidar que ya en su primer trabajo de crítica literaria —*Del romanticismo en España y de Espronceda*, publicado en la *Revista de España* en 1853— Valera afirma tajantemente que la poesía y el arte en general sólo tienen como finalidad la consecución de la belleza. Valera se apoya en la autoridad de Plutarco y Aristóteles para proclamar que el verdadero objetivo del escritor es «deleitar y no enseñar».⁵ Unos principios que se reiteran en artículos como *De la naturaleza y carácter de la novela* (1860), *Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX* (1861), *La moral en el arte* (1896), *Sobre la novela de nuestros días* (1897) y, sobre todo, en *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1886). Salvo estas objeciones, el resto de sus apreciaciones tiende siempre a elogiar el corpus general de la obra de Fernán Caballero, en especial su relato *La Gaviota*.

⁴ Palabras insertas en su artículo *Revista de Madrid. Cartas al director de la Revista Peninsular*. En nuestro estudio, salvo mención expresa, citamos por la edición de *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1968. La presente cita corresponde al vol. II, p. 84. Para una mayor información de las sucesivas ediciones del corpus ensayístico de Valera, ver Cyrus C. De Coster, *Bibliografía Crítica de Juan Valera*, Madrid, CSIC, 1970, p. 75.

En su ensayo «Breves observaciones sobre un artículo que en alabanza de las obras completas de *Fernán Caballero* ha aparecido en el último número de la *Revista de Edimburgo*», publicado en *El Contemporáneo. Periódico político*, Madrid, Imprenta L. García, 13 de septiembre de 1861, Valera arremete contra la crítica de la mencionada revista inglesa por considerar a Fernán Caballero como la escritora más representativa del panorama novelístico español. Valera no se muestra contrariado por tales juicios, sino por el pobre panorama que de la literatura española realiza el citado crítico. Los defectos que apunta Valera en referencia a Fernán Caballero coinciden con los ya señalados, añadiendo algunas puntualizaciones, como las referidas a su descuidado castellano y a su visión de España a través de un prisma impregnado de sentimentalismo germánico.

⁵ *Obras Completas*, vol. II, p. 17.

Mayor importancia tiene, a tenor de lo manifestado en su epistolario, la obra de Pedro Antonio de Alarcón, autor sumamente elogiado y figura señera, a su juicio, de las letras españolas. La amistad que ambos mantuvieron se percibe con claridad en las cartas dirigidas a Menéndez Pelayo. Reuniones en la Academia, tertulias y un sinfín de palabras afectuosas y llenas de admiración insertas en su correspondencia corroboran dicha apreciación. La postura que ambos mantuvieron frente a la polémica naturalista, avalada en todo instante por Menéndez Pelayo, acrecentó, aún más si cabe, esta entrañable amistad. Por todo ello no es de extrañar que se sintiera herido a raíz de publicaciones que censuraban su producción novelística, como la realizada por Clarín en el momento justo de la aparición de *El niño de la Bola*. El mismo Menéndez Pelayo se mostraría contrariado, de ahí que en una carta dirigida a Valera señale lo siguiente: «El mismo Clarín acaba de publicar un tomo de artículos donde hay cosas, a mi entender, excelentes. A usted y a mí nos trata muy bien y nos pondera mucho, pero con otros, especialmente con Cánovas y Alarcón, anda durísimo e injusto, al paso que no tiene reparo en alabar los mayores disparates y sandeces de Campoamor».⁶ Valera nunca anduvo remiso a la hora de emitir sus apreciaciones en torno al buen hacer de Alarcón, autor, por un lado polémico —recuérdese la disputa surgida a raíz de la publicación de *El escándalo*, resumida por el propio novelista en *Historia de mis libros*— y, por otro, admirado. Muy pocos escritores de la época conocieron un éxito editorial tan sobresaliente como él gracias a sus libros *Diario de un testigo de la guerra de Africa* y *De Madrid a Nápoles*. Valera nunca ocultó su sentida admiración por Alarcón, aunque sus apreciaciones no coincidieran con las emitidas por la mayoría de los críticos de la época, pues consideraban *El sombrero de tres picos* inferior a su novela *El Niño de la Bola*. En su conjunto los relatos *La Pródiga*, *La Comendadora* y *El Capitán veneno* —novela «llena de ingenio y de sentimiento», según palabras de una carta dirigida a Menéndez Pelayo (19-XI-1881)— representan la

⁶ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 234. La carta está fechada en Madrid, 4 de noviembre de 1885.

culminación del buen hacer de Alarcón. Apreciaciones que el lector encuentra tanto en su epistolario como en las referencias y ensayos dados a la prensa —recuérdense, por ejemplo, sus artículos *El Niño de la Bola y Curro Vargas* o *Notas biográficas y críticas*.⁷ Estudios clásicos sobre Alarcón, como el de José F. Montesinos, darán la razón a Valera, pues no escatimarán elogios a la hora de analizar *El Niño de la Bola*, una de las narraciones más bellas y «preciosa muestra de arte narrativo».⁸

En lo referente al corpus poético alarconiano Valera muestra, igualmente, su admiración. Versos plagados de humor y desenfado e inmersos en una ternura poco común. Versos, en definitiva, elaborados con un lenguaje castizo, elegante y propio.⁹ El prólogo de Valera que figura al frente del libro *Pedro Antonio de Alarcón. Poesías serias y humorísticas*,¹⁰ es, tal vez, el mejor documento de un autor que deseó siempre testimoniar, tanto en lo íntimo como en público, su admiración por Alarcón. Valera, consciente de su valía, intentará, incluso, divulgar sus escritos por Europa y Estados Unidos, pues sólo así la literatura española podría difundirse como realmente merece. Fama y dinero, no hay que olvidar nunca este segundo motivo tratándose de Valera, que sólo a través de grandes editoriales, como la neoyorquina Appleton, se podrían conseguir.¹¹

⁷ El primero publicado en *La Ilustración Española y Americana*, XLII, 2, 22 de diciembre de 1898; el segundo, *Notas biográficas y críticas*, en el año 1903, *Florilegio*, V, pp. 5-338. Conjunto este último de una serie de semblanzas encabezada por Juan Meléndez Valdés y finalizada por la de Ventura Ruiz de Aguilera.

⁸ José F. Montesinos, *Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Castalia, 1977, p. 241.

⁹ Ver al respecto Manuel Bermejo Marcos, *Don Juan Valera, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, p. 192.

¹⁰ *Poesías, de Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Estrada, 1870, pp. XXV-XL.

¹¹ En sus cartas, como en el ya citado *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, hace mención expresa a este punto, como en las cartas fechadas el 23 de junio de 1886 y 20 de mayo de 1887. En esta última carta señala, por ejemplo, lo siguiente: «Y no quepa a usted duda, si venden bien *Pepita Jiménez*, imprimirán novelas de Alarcón, Galdós, Pereda, etc. [...] y dicen ya en el prólogo editorial de *Pepita*, que nos darán *royalty*, derechos

En lo que respecta al resto de novelistas de la segunda mitad del siglo XIX ya se ha señalado la casi nula presencia de Pereda en sus escritos, aunque no por ello dejará de sentir un gran afecto por su persona, pero no en el orden académico o literario. Ni siquiera el empeño de Laverde o Menéndez Pelayo pudieron cambiar el talante de Valera. Así, Laverde le envía un ejemplar de las *Escenas Montañesas*, dándole las gracias Valera en una carta fechada el 6 de octubre de 1866. A partir de ese instante silencio absoluto, ningún comentario sobre el libro de Pereda.¹² Silencio que no se produce con el resto de escritores, como en el caso de Galdós, E. Pardo Bazán o Clarín. Así en lo que respecta a Galdós es evidente que Valera no solamente lo elogia en sus cartas, sino que considera imprescindible su presencia en la Real Academia. Llama la atención el sumo interés que Valera pone en el empeño. Incluso especula con posibles defunciones de académicos de avanzada edad, a fin de buscar un sustituto. Por ejemplo en carta fechada el 1 de junio de 1883 le indica a don Marcelino lo siguiente: «Si se muere D. Gabino [Tejada] trabaje usted por que elijan en la Academia a Pérez Galdós. Lo digo por el interés que me inspira la Academia».¹³ El 7 de junio del mismo año indica, igualmente, lo mismo: «Yo persisto en que en la primera vacante que deje el primero que se muera en la Academia Española nos conviene hacer entrar a Pérez Galdós, con preferencia a Martos. Trabaje usted en este sentido, y si en el día de la elección estuviese yo aquí aún y faltare un voto, avísemelo para ir ahí a dar el mío».¹⁴ Especulaciones variopintas pueblan el epistolario valeresco en este sentido. Insistencia reflejada en el corpus epistolar escrito durante los años que precedieron a la elección de Galdós, demorada du-

de autor, pero será un 6 o un 8 por 100; y así mismo, si venden mil, supondrán que venden quinientos, y de todos modos seremos burlados», *ibíd.*, p. 380. En otras ocasiones nos remite al librero español afincado en Nueva York llamado Ponce de León.

¹² *Juan Valera. 151 cartas inéditas a Gumersindo Laverde*. Transcripción y notas de María Brey de Rodríguez Moñino. Introducción y notas de Rafael Pérez Delgado, Madrid, R. Díaz-Casariago, editor, 1984, p. 136.

¹³ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 168.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 169.

rante varios años a pesar del empeño de Valera, pues sería elegido académico en 1889.

La lectura por parte de Valera de los textos galdosianos se produce de forma tardía. El 19 de julio de 1878 le confiesa a Menéndez Pelayo que no ha leído nada de Pérez Galdós y el 27 de agosto del mismo año le escribe de nuevo mostrándole su sorpresa y admiración por la lectura de *La familia de León Roch*. En extensa confesión señala que se trata de un gran novelista y que tiene prendas de verdadero valor. Tras señalar las posibles huellas literarias galdosianas, Valera muestra su vanidad al sentirse leído e imitado por Galdós, pues el influjo de *El Comendador Mendoza* subyace en la novela *La familia de León Roch*: «León Roch y María Egipciaca, aunque son distintas criaturas, son hijos espirituales de doña Blanca y el Comendador Mendoza, salvo que los míos se emplean más en sus negocios que en probar una tesis con los propios actos de su vida, por donde los míos son más reales y humanos [...] En él hay una calidad que da color y brío e inspiración, que a mí me falta».¹⁵ Valera no había leído los episodios nacionales que configuraban la primera y parte de la segunda serie. Al igual que desconocía casi la totalidad de los relatos denominados por Galdós con el título de *Novelas españolas de la primera época*, de ahí que mostrara su sorpresa y admiración. Como es sabido Menéndez Pelayo disiente de los juicios emitidos por Valera. Así, el 8 de septiembre de 1879, arremete contra los novelistas «que se proponen demostrar tesis y enturbiar la limpieza del arte con propósitos segundos y de propaganda, y más si son tan traviesos y malnacidos como los de Galdós, hombre de indisputable talento, pero echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage*».¹⁶ Durísimas apreciaciones que hicieron mella en Valera, pues a partir de esta carta muestra un silencio casi absoluto sobre Galdós, aunque no por ello deje de insistir en su elección como académico y en la difusión de sus novelas en el extranjero.

Armando Palacio Valdés y el padre Coloma apenas son tratados por Valera en sus ensayos, ni siquiera encontramos re-

¹⁵ *Ibid.*, p. 57.

¹⁶ *Ibid.*, p. 59.

ferencias en su epistolario dignas de reseñar. Una breve alusión a la traducción de parte de la obra de A. Palacio por el húngaro Emilio Szalay y su oposición a que formara parte de la Real Academia son, tal vez, lo más destacado. En lo referente al P. Colomá cabe destacar su estudio *Pequeñeces. Currita Albornoz al padre Luis Coloma*,¹⁷ Valera imagina una carta de Currita Albornoz dirigida al padre Coloma. Lo lleva a cabo con el habitual gracejo valeresco, y el interés que manifiesta en parodiar la psicología del personaje de ficción, en devolverle vida y salero madrileño, constituye un homenaje indirecto a la capacidad del novelista que dio realidad a esa ficción. Sin embargo, Valera desaprueba el fondo ideológico de la novela y la pintura de seres reales, como el marqués de Molins. Igualmente advierte un fermento revolucionario que nos remontaría a anteriores críticas que asociaban la novela *Pequeñeces* con el *integrista*,¹⁸ la asociación de la monarquía con las bases populares y con la casi abstracción de la aristocracia. El odio entre ricos y pobres y el falso concepto de Madrid, convertido en la novela en una *hedionda charca*, soliviantaron a Valera.

El material noticioso de Valera respecto a E. Pardo Bazán y Clarín es, a nuestro juicio, de mayor interés. En lo que respecta a E. Pardo Bazán, Valera traza diversas semblanzas en torno a su comportamiento y a sus dotes narrativas. En casi to-

¹⁷ Anónimo. *Pequeñeces. Currita Albornoz al padre Luis Coloma*, Madrid, Pérez Dubrull, 1891.

¹⁸ Partido político español fundado por Ramón Nocedal a finales del siglo XIX. Su credo estaba basado en la recusación de las libertades que formaban la esencia del liberalismo. Sus principales seguidores procedían del carlismo y su órgano de difusión fue el periódico *El Siglo Futuro*. Su ideario se halla resumido en el discurso que Ramón Nocedal pronunció en el Congreso, marzo de 1902, contra el gobierno presidido por Sagasta:

«Yo no predico, decía, la guerra civil, ni el motín, ni la algarada, pero a éstos y a cuantos oigan mi voz, quiero decir que si no se deciden a ejercitar sus derechos desoyen la voz venida del cielo, y desobedecen la voluntad soberana que nos manda unirnos en apretado haz, y lanzarnos en falange a reivindicar nuestros derechos conculcados, a defender la verdad desconocida, a restaurar el imperio absoluto de nuestra fe íntegra y pura, y a pelear con los partidos liberales, a quienes no yo, sino León XIII llama imitadores de Lucifer, hasta derribar y hacer astillas el árbol maldito».

das las referencias que de ella hace en las cartas dirigidas a su hermana Sofía la describe como mujer de «facha algo extravagante: pero en lo esencial, es señora muy *commi'l faut*: de la primera aristocracia de Galicia [...] personaje raro, pero muy tratable y decente [...] muy ambiciosa de fama».¹⁹ En las cartas dirigidas a Menéndez Pelayo alude a su afán de notoriedad, de ahí que le comunique el 18 de enero de 1887 que doña Emilia «estará en París a estas horas. Sospecho que va allí en busca de celebridad, frotándose con los naturalistas».²⁰ Mas adelante, 26 de abril de 1887, desde Bruselas, insiste en lo mismo: «Yo creo como usted que es una buena señora y lista, pero que, por demasiado afán de popularidad cosmopolita, es una Oala o una Ohliva —meramente literaria se entiende— y se entrega demasiado a los modernos asirios y babilonios».²¹ En todo el corpus epistolar publicado, Valera señala que sus artículos sobre el naturalismo no buscaban la polémica ni la controversia, sino ir, según sus palabras, contra la extravagante estética de Zola.²²

En todo este epistolario contrastan las opiniones del propio Valera y Menéndez Pelayo, aunque no por ello Valera se dejará guiar por ellas, pues valora en su justa medida el buen hacer de E. Pardo Bazán. Menéndez Pelayo la definió siempre con apelativos hartamente denigratorios, como estrafalaria o cursilona empecatada, afirmando que tiene «el gusto más depravado de la

¹⁹ Juan Valera. *Cartas íntimas (1853-1897)*. Nota preliminar, estudio, edición y notas de Carlos Sáenz de Tejada Benvenuti, Madrid, Taurus, 1974, p. 318. Carta fechada el 26 de enero de 1887. Ver también las cartas escritas desde la Legación de España en Bruselas el 10 y 23 de enero de 1887, pp. 313 y 317, respectivamente.

²⁰ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 344.

²¹ *Ibid.*, pp. 371-372.

²² Desde Bruselas, 12 de abril de 1887, confiesa a Menéndez Pelayo que sus ensayos sobre el Naturalismo despertaron «en mí la gana de escribir y el espíritu de contradicción, pero yo creo que la trato siempre bien, y no sólo por galantería, sino porque, con toda verdad, creo que es mujer de mucho talento. La única cosa que he tenido tentaciones de decir, que tal vez la hubiera enojado, y por eso no la he dicho, es que en su defensa y entusiasmo por el naturalismo hay cierto prurito, acaso inconsciente, de adular a Zola y comparsa, haciéndose popular en Francia», *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 367.

tierra, se va a ciegas detrás de todo lo que reluce, no discierne lo bueno de lo malo, se perece por los bombos, vengan de donde vengan, y no tiene la menor originalidad de pensamiento, como no sea para defender extravagancias».²³ Ante tales juicios Valera no se arredrará y emite, una vez más, su personal opinión, afirmando sin tapujos que doña Emilia es una excelente novelista. Las publicaciones de Valera dadas a la prensa²⁴ siguen estos derroteros, percatándose de que el naturalismo de la escritora era más bien un realismo extremado que naturalismo zolesco o, en definitiva, naturalista más en la teoría que en la práctica. Tal vez, y como apunta Bermejo Marcos, lo que más dolió a Valera fueron sus conocimientos sobre la novela rusa, la *descubridora* «de obras de suma importancia que él había ignorado por completo».²⁵

²³ *Ibíd.*, pp. 388-389.

²⁴ «Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas», *Revista de España*, CXI-CXV, 10 de agosto - 10 de abril de 1886; «Con motivo de las novelas rurales. Carta a la señora doña Emilia Pardo Bazán», *Revista de España*, CXVII, 10 de julio de 1877, pp. 117-132; «Morriña, por doña Emilia Pardo Bazán», *La España Moderna*, XII, diciembre de 1889, pp. 151-158; *Las mujeres y las academias. Cuestión social inocente*, por Eleuterio Filogyno, Madrid, Fe, 1891; «El tesoro de Gastón», *El Liberal*, 8 de agosto de 1897, y «Discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en los juegos florales de Orense», *La Lectura*, 1901, n.º 2, pp. 591-596.

Años más tarde E. Pardo Bazán publicaría un estudio en el que analizaría, entre otros aspectos, su labor crítica. De todo el buen quehacer de Valera destacaría sus referencias y análisis referidos al *Quijote*. Ver. E. Pardo Bazán, «Don Juan Valera», *La Lectura*, VI, 3, 1906, pp. 127-135, 193-203, 281-290. Reeditado en *Retratos literarios*, Madrid, Administración, s.a., pp. 217-280.

²⁵ *Op. cit.*, p. 197.

En el año 1876 comunicaba Valera a Menéndez Pelayo lo siguiente: «Hay una quinta nación que va a entrar ahora en esta tetraarquía [Alemania, Francia, Italia, España] y la quiere convertir en pentarquía; pero yo creo que los Tolstoi, Truguenefs, Lermontoff, Puschine, etc., distan aún mucho de alcanzar tan elevado puesto para su patria», *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, p. 227. Un año más tarde Menéndez Pelayo informa irónicamente a Valera de cómo E. Pardo Bazán, recién llegada de Francia, «anda ahora por ahí, leyéndonos en el Ateneo unas lecciones sobre la novela rusa. Hay en todo esto cierta inofensiva pedantería, que a mí

En lo que respecta a Clarín apenas encontramos referencias a su corpus novelístico. Sólo veladas alusiones insertas en *Nuevas Cartas Americanas* en donde se advierte que *Su único hijo* es muy inferior a *La Regenta*. Concisas palabras que evitan el enfrentamiento con un autor, Clarín, que fue al igual que Menéndez Pelayo, el mayor admirador de Valera. Si las referencias críticas brillan por su ausencia, no ocurre lo mismo con su epistolario. Desde un primer momento muestra su animadversión hacia Clarín, como en la carta dirigida a Menéndez Pelayo (Cintra, 22 de junio de 1882) en la que le considera el primer gran crítico de la letras españolas: «Porque usted es menos apasionado que Cañete, y porque usted sabe más que nosotros y mil veces más que Revilla, Clarín, Bremón y los otros mil que andan por ahí metidos a críticos, dando y quitando reputaciones».²⁶ Más tarde censura a Clarín por sus elogios favorables a la dramaturgia de Sellés o por su defensa de la poesía de Ferrari y de Campoamor, autor, este último, denigrado hasta la saciedad por el propio Valera. En sus apreciaciones Clarín aparece siempre tachado de crítico vehemente, aunque dotado también de una gran inteligencia: «Clarín, a pesar de sus manías, es de lo que más vale. Poco a poco, importa traerle del lado nuestro y quitarle un poquito de su mucho entusiasmo por Echegaray y Pérez Galdós, sin que le pierda todo, pues ni nosotros mismos queremos ir contra la corriente y negar que Echegaray y Pérez Galdós valgan».²⁷

La actitud un tanto corrosiva del principio se convierte con el correr de los años en aceptación. Los motivos tal vez se deban a los públicos elogios emitidos por el propio Clarín a la hora de analizar la obra de Valera. El respeto hacia su obra le enorgullece y la admiración sentida por Menéndez Pelayo será, igual-

me hace gracia, y que nace principalmente del prurito de aparecer siempre al tanto de las últimas palabras del arte y de la ciencia», *ibíd.*, p. 368.

²⁶ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, op. cit.*, p. 129.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 148-149.

El 5 de mayo de 1883, desde Lisboa, arremete contra Clarín, pues «no se cura de sus tonterías. En su último *Palique* hay las más necias diatribas contra la Academia, que repruebo y lamento, aunque a nosotros nos salva, si bien en compañía del genio Campoamor», *ver.*, pp. 163-164.

mente, motivo de satisfacción. Gradualmente atenuará sus juicios con respecto a Clarín, defendiéndole en su disputa con Manuel del Palacio y sintiéndose felizmente halagado por sus elogios emitidos a raíz de la publicación de su novela *Morsamor*.

Es evidente que tanto Clarín como el resto de los autores citados en el presente trabajo fueron objeto de atención por parte de Valera. En unas ocasiones nos hemos valido de su epistolario para conocer desde una perspectiva intimista los juicios personales de Valera. En otras, las referencias críticas publicadas en vida del autor han servido como punto de partida a estas anotaciones. Engarzadas ambas, el lector tendrá siempre una objetiva visión del quehacer literario de un autor que supo captar con sutil precisión el complejo entramado literario de una época.

M.^a DE LOS ÁNGELES AYALA
Universidad de Alicante